

desterrado del 2 de Diciembre, catedrático en la culta Ginebra, sustentaba también la federación, aplicada á todos los pueblos de Europa. En igual sentido escribían y hablaban Coclin, autor del precioso libro sobre los orígenes de la revolución; Acollas, eminentísimo jurisconsulto; Simon de Treve, un orador alemán, que las persecuciones y el destierro han naturalizado en Francia. Todos ellos contribuyeron poderosamente al Congreso de Ginebra, donde se proclama la federación republicana como el organismo ingénito á la democracia moderna. Pero este partido, ya sea por su escaso número, ya por su mala organización, ya por las desgracias históricas de Francia, que crean la República en medio de las amenazas ó de las invasiones extranjeras, lo cierto es que, destruido el Imperio, no pensó el 4 de Setiembre en evitar, quizá porque no pudo, la antigua fórmula de la República, una é indivisible. Y acabemos de decir la verdad. La Commune ha desacreditado el federalismo en Francia, como los cantones lo han desacreditado en España.

Digamos toda la verdad. Es la tradición revolucionaria más seguida en Francia la tradición jacobina. Los girondinos han tenido de su parte la admiración y las simpatías dignas de hombres que sabían sentir como Barba-rous, pensar como Condorcet, y hablar como Verguiand. Pero si sentían, pensaban y hablaban así, en el obrar no eran de igual acierto. Hombres de idea, parecían reñidos con la acción. Los vapores mefíticos de la realidad oscurecían sus inteligencias y les daban como vértigos. Aceptaron el poder de la monarquía y fueron conspiradores contra la monarquía; repugnaron la muerte de Luis XVI y por complacencias serviles con la opinión exaltada la concedieron; alcanzan mayoría en la Convención y no fueron capaces de conservarla; sostuvieron la guerra ofensiva y olvidaron la energía necesaria á estos supremos esfuerzos; molestaron á los montañeses con arengas en la Asamblea, y no supieron

ni vencerlos con votos en las secciones, ni arrojarlos con autoridad del ayuntamiento. Mas la historia les ha perdonado esto, porque la historia le perdona todo á los que saben morir.

En cambio la tradición jacobina se extiende desde el 31 de Mayo, en que fueron vencidos los girondinos, hasta el 9 de Thermidor, en que triunfaron los llamados por esta nefasta fecha thermidorianos. Y en este tiempo se emprendieron todas las obras y se realizaron todos los milagros que han verdaderamente inmortalizado á la Convención. A los discursos sucedieron los hechos. A las incertidumbres del gobierno de la palabra, la energía del gobierno de la acción. A las complicaciones de la política girondina que discutía y consultaba cuando era necesario decidir y obrar, aquella dictadura inmensa, que había pactado con la muerte la victoria á toda costa, y había puesto los generales entre la guerra en las fronteras y el cadalso en París. Catorce ejércitos se improvisaron. Seiscientos mil jóvenes corrieron con la *Marsellesa* en los labios y la antigua virtud republicana en el pecho, á pelear por la libertad y por la patria. Sus madres, que la revolución fanatizara, hablábanles de la muerte como las madres espartanas. Veintidos comisiones obraban en la Convención con el misterio y con la celeridad de la naturaleza. Así, toda Francia tributó su sudor á la guerra, merced á universales requisas. Los jóvenes guerreaban y los demás sostenían la épica pelea. Los reyes de Europa fueron vencidos y humillados por oseuros voluntarios; la antigua táctica de Federico el Grande desconcertada por la nueva táctica de Carnot. Vendida Francia por el rey al extranjero, se salvó del extranjero con esfuerzo sublime, que será siempre contado entre los prodigios del humano heroísmo.

Dos hombres dirigieron esto principalmente: Robespierre y Danton. Estos dos hombres tenían cualidades bien distintas. Era el uno

el artificio y el otro la naturaleza; el uno la argucia y el otro la idea; el uno la declamación y el otro la elocuencia; el uno la virtud insensible y el otro la perversión humana; el uno la crueldad sistemática y el otro la crueldad por recurso; el uno la secta con todas sus estrecheces y el otro la humanidad con sus vicios, pero también con sus virtudes; el uno el maquiavelismo revolucionario y el otro la franqueza revolucionaria; el uno la conjuración y el otro la guerra; el uno egoísta y frío hasta en sus impulsos más humanos y el otro generoso hasta en sus crímenes más abominables; el uno anhelante de poder y de gloria para sí, el otro de grandeza para la patria; el uno astuto, el otro fuerte; el uno calculador y el otro apasionado; el uno discípulo de Rosseau, como son siempre discípulos todos los talentos propagandistas, y el otro originalísimo, personal, como son siempre originales los talentos profundos: en su rostro frío, pálido, huesoso, Robespierre revelaba la desolación de su alma; mientras en su cara ciclópea, granizada por la viruela, Danton revelaba el relampagueo interior de su genio: cayó la cabeza de Danton, que era el cerebro de la Francia revolucionaria, en el cesto de la guillotina por el odio implacable de su rival y su enemigo; pero cuando Robespierre, zaherido, acusado, puesto al borde del abismo por los thermidorianos, quería hablar en la Convención y le desoían; quería suplicar y le amenazaban; quería amenazar y se le reían; quería imponer y se le sublevaban; al saltar de banco en banco por la Convención, enemiga é insurrecta, díjole siniestra voz el sentido de toda aquella tragedia: Robespierre, la sangre de Danton te ahoga. Robespierre ha conservado mayor culto entre los revolucionarios por dos causas: primera, porque sólo sus amigos sobrevivieron y guardaron el genio de la revolución; segunda, porque á la muerte de Robespierre siguió inmediatamente la estúpida é infame reacción thermidorianista que al cabo, de orgía

en orgía, fué á dar el 18 de Brumario en la infame dictadura del Imperio.

Quizá por todas estas causas el jacobinismo tiene hoy muchos sectarios todavía en Francia. Algunos quieren sus procedimientos de terror, otros no; pero todos tienen del Estado una concepción que en mi sentir contradice las bases esenciales de la democracia y de la República. Cuéntanse entre los jacobinos franceses Peyrat, escritor sóbrio y profundo; Hamel, que ha llevado á la historia todas las pasiones de la primera revolución y todo su exaltado celo por la República; el austero periodista Delescluze; y el poeta, muchas veces inspirado, siempre audaz en sus afirmaciones, siempre elocuente en su calorosa y coloreada palabra, Félix Pyat.

Pero yo sostengo y sostendré siempre, que si la revolución francesa se salvó en 1793 por su genio unitario, se perdió en la posteridad por no haber fundado la descentralización. La democracia francesa tiene un glorioso abolengo de ideas, la ciencia de Descartes, la crítica de Voltaire, la pluma de Rousseau, la monumental enciclopedia; y la democracia anglo-sajona, tiene por todo abolengo un libro de una sociedad semi-primitiva, la Biblia: la democracia francesa es el producto de toda la filosofía moderna, es el cristal brillantísimo cuajado en el crisol de la ciencia; y la democracia anglo-sajona es el producto de severa teología, aprendida por unos cuantos prófugos cristianos en las sombrías ciudades de Holanda y de Suiza, por donde vaga la ceñuda sombra de Calvino: la democracia francesa llega con su cohorte de tribunos ilustres, de artistas, que recuerdan los tiempos helénicos ó los tiempos del Renacimiento; Mirabeau, la tempestad de ideas; Verguiand, la melodía de la palabra; Danton, el fuego, la ardiente lava del espíritu; Camilo, el inmortal Camilo, eterno sublime niño escapado de Atenas, con cincej en vez de pluma, especie de bajo relieve del Partenón, viviente, animado; y la democracia anglo-sajona llega con talentos modestos; Otis,

el publicista humilde; Jefferson, el orador práctico; Franklin, el sentido comun hecho hombre; todos sencillos como la naturaleza y pacientes y tenaces como el trabajo: la democracia francesa improvisa catorce ejércitos en un día; gana batallas épicas; forja generales como Dumouriez, el héroe de Jemmapes; como Masena, el héroe de Zurich; como Bonaparte, el general de los generales, el héroe de los héroes; y la democracia anglo-sajona sostiene una guerra vária; reúne ejércitos pequeños, hace campañas de escaso brillo y tiene por todo general un Washington, cuya gloria está más en la ciudad que en el campo, cuyo nombre será contado más entre los grandes ciudadanos que entre los grandes héroes; y sin embargo, la democracia francesa, aquella legion de inmortales, ha pasado como una orgía del espíritu humano, ébrio de ideas, como una batalla homérica, donde todos los combatientes, ceñidos de laurel, han muerto sobre sus cincelados escudos; mientras la democracia anglo-sajona, esa legion de trabajadores permanece en su serenidad, en su grandeza, formando la porción más digna, más moral, más ilustrada y más rica de todo el género humano; revelador paralelo de los brillantes medios y de los escasos resultados en la una, y de los pocos medios y de los brillantes resultados en la otra; revelador paralelo, escrito en la historia con letras de fuego, para demostrar que la democracia no consigue ningun resultado por la dictadura, y los consigue inmensos por la libertad.

Pero no solamente era idea la República en Francia; era también acción. El tipo de los hombres de acción, á cuyo alrededor se formó una legion de la democracia y de la República, todavía no dispersada ni concluida por los años, fué Armando Carrel, soldado del pensamiento y pensador de lucha, de combate. Militar, su espada siempre se afiló en las ideas; escritor, su pluma combatió y flameó como una espada. Generosa naturaleza para el pensamiento y para la acción, se inspiró de

continuo en la voz de su generosidad. Muy joven todavía, peleó en España contra la intervención de 1823, á la sombra de la bandera tricolor, sin mirar si eran sus amigos extranjeros y sus enemigos franceses, porque en su corazón se levantaba sobre la gloria la justicia, esa causa inmortal, y sobre la nación la humanidad, esa familia del alma. Enemigo de dos dinastías, amigo en su edad madura de la República, eterno combatiente por el derecho, tan repulsivo á las utopías comunistas como decidido á unir la democracia con la libertad, carácter estóico por la pureza de sus móviles y por el desinterés de sus acciones, prudentísimo para comprometer á los suyos, temerario cuando sólo comprometía su propia vida, Carrel unió en su persona, como pocos, la idea á la acción, la pluma á la espada, la tribuna y la prensa al combate continuo por la emancipación de los pueblos.

En el grupo de Carrel debemos colocar grandes caracteres, que si con él no se identificaban por las ideas completamente, identificábanse con él por su valor, por su elevación, por su generosidad. Hombres de acción sobre todo y antes que todo, Godofredo Cavaignac, Armando Barbes, el coronel Charrás, dieron, á un grupo importantísimo del partido republicano, la caballerosidad de su carácter y la generosa impaciencia por la victoria. Todos tres combatieron con valor y todos tres dejaron recuerdos immaculados de virtud y de sencillo heroísmo. Soldados y organizadores, pasando continuamente de las sociedades secretas á los clubs, de los clubs á la organización guerrera del partido, atacando con fuerza unas veces y resistiendo otras con verdadera constancia; siempre en la brecha, como si la vida de la democracia fuese una guerra continua; de las batallas á las cárceles, de las cárceles al destierro, del destierro á nuevos empeños de acción, dieron al partido republicano la varonil fibra y el acerado carácter, indispensables á su combatida existencia. Los tres han muerto. La de-

mocracia los ha perdido como perdiera su caballero sin tacha y sin reproche, Armando Carrel. Fué el primero en caer Godofredo Cavaignac, hermano del general de este nombre, y al caer se llevó consigo á la tumba pedazos del corazón de todos los demócratas en su inmenso corazón, roto á los golpes del dolor y del trabajo. Menos afortunados que Cavaignac, las tumbas de Barbes y de Charrás se levantan allá en el suelo del destierro. Barbes tenía un valor á la antigua. Para él, combatir era como la ley dura, pero inevitable de la vida. No medía los obstáculos ni las resistencias. Cuanto más contraria era la tormenta y más deshecha, lanzábase en su seno con mayor decisión. Así ha compartido su solemne y trágica vida entre el calabozo y el destierro. Así muchas veces ha malogrado sangre y sacrificios, que hubieran sido provechosos en momento más crítico y más supremo. Pero ¿quién podrá en este mundo sumiso y obediente criticar la impaciencia por la justicia, cuando parecen todos resignados al yugo? Entre las brumas de Holanda se alza el sepulcro de Barbes, y la humedad que lo rodea y las nubes que lo envuelven, parecen como humedad y nubes de lágrimas. Ni siquiera ha podido volver al suelo de su patria en cadáver, en huesos fríos, porque desde que el destierro se levantó para estos huesos, Francia sólo ha tenido tiempo de recoger nuevos cadáveres sembrados en los campos, donde han sido castigadas implacablemente las culpas del segundo Imperio. El coronel Charrás, otra espada de la democracia francesa, murió á las orillas del ensangrentado Rhin, después de haber escrito para enseñanza de su patria la inútil lección de las causas que llevaron el primer Imperio de la omnipotencia á Waterloo y de Waterloo á la desmembración de Francia.

Todos estos hombres eran, ciertamente, hombres de acción; eran de aquellos para quienes la idea, cuando se desliga del hecho, no es sino una entelequia, un verbo sin rea-

lidad alguna en la vida. Para su pensamiento, la República vivía como la más gloriosa de todas las tradiciones de Francia, como la única al cabo que valía la pena de ser sostenida, exaltada, y de exigir el combate, el sacrificio. Los crímenes de la primera República se habían perdido y sólo quedaba el engrandecimiento de la patria, la victoria sobre los reyes, el derecho encendido como un lumínar inextinguible en la conciencia humana, las cadenas de los esclavos rotas y fundidas. Austeros, consecuentes, virtudes parecidas á las virtudes de los hombres de Plutarco los adornaban; y aspiraciones indomables, como son las aspiraciones de todos los verdaderos innovadores, les sostenían en su trabajo por la reivindicación de la República. Su influencia ha sido poderosa é inmanente. Recorriendo las zonas del republicanismo francés, aún se encuentran estos caracteres forjados en bronce. Ellos forman la base primera y más firme del partido republicano. Por ligeramente que en él se investigue, encuéntrase esta tradición como el fondo inmovible del organismo de nuestra idea.

Al segundo tercio del Imperio, después del atentado de Orsini, constituyóse en Francia un partido republicano oficial, que surgía de las elecciones y de las urnas. Este partido no podía reclutarse en los antiguos jefes republicanos, todos en la emigración, ni en los más decididos y valientes soldados, todos opuestos al juramento. Fué necesario ir á la Universidad, á la Academia, al Foro, para sacar de allí oradores que recordaran la existencia de la idea republicana y su culto en el espíritu del pueblo. La palabra de estos hombres debía sonar sobre los desórdenes del Imperio, como el aliento del incendio y el trueno del cielo sobre los festines de Balthasar y Sardanápalo. ¿Tenían los designados fuerza para tanto? Cuando unos se habían quedado en Francia á pesar de la proscripción universal, cuando otros no habían sido notados en aquel gran terremoto del

dos de Diciembre que echó fuera de Francia hasta las entrañas de nuestro partido, prueba era de que su fé democrática no tenia grande exaltacion. Algunos de ellos habian pertenecido á la derecha de las Asambleas de la República, y ahondado con su miedo á la libertad, y su entusiasmo por las medidas represivas las divisiones entre los revolucionarios. Á tan tristes recuerdos uníase que ya el juramento, ya la necesidad de someterse á reglamentaciones absurdas, ya el orgullo de una mayoría impaciente y vocinglera, les obligaban á largas ampliaciones ó sutiles distingos, sólo propios para quitar energía al pensamiento de ódio y horror hácia el Imperio, depositado por los electores en las urnas al depositar los nombres de los diputados republicanos. Luego, cuando el Imperio habia usado todas las armas prohibidas para triunfar, el perjurio escupido á la conciencia pública, la conjuración maquiavélica, las violaciones increíbles de los derechos naturales, de la inmunidad parlamentaria, de la Constitucion, de las leyes, de todo cuanto hay sagrado sobre la tierra; cuando sombríos esbirros habian asaltado el hogar de los representantes del pueblo en la callada noche, y sus legiones pretorianas y estipendiadas, remedo triste de aquellas legiones de la Roma imperial, que sólo supieron mancharla y no defenderla, habian violado el Parlamento y ensangrentado las calles; cuando á las matanzas en las calles habia sucedido una proscripción semejante á las proscripciones de las guerras religiosas, una proscripción que todo lo desconoció, desde los derechos de la propiedad hasta los derechos de la conciencia; los encargados de combatir al tirano manchado de sangre y reivindicar la República sorprendida por salteadores, aseguraban que jamás apelarian á la última razon de los pueblos oprimidos, á la razon suprema de las revoluciones.

Todos estos compromisos, de un lado desautorizaban á los representantes de la República en el ánimo de sus electores, y de otro

lado abrian enemistades irreconciliables entre el partido republicano de la Cámara y el partido republicano de la emigracion. Y en medio de tanta debilidad de un lado y de tantas sospechas de otro, la abjuracion de Emilio Ollivier, entregándose al Imperio con olvido de los recuerdos de su familia y del mandato de sus electores; las veleidades de Ernesto Picard, que tanto ingenio y tanta hiel pusiera en sus combates continuos al Imperio, quitaban fuerza en la opinion á los diputados. Sin embargo, cuando el César parecia haber sometido á su cetro la fortuna; cuando las batallas de Italia y las batallas de Crimea le daban falso tinte liberal; cuando el brillo exterior de su poder y de sus legiones deslumbraba á tantos, la voz severa de Julio Favre, su elocuencia elevada y sóbria, anunciaban á las nuevas generaciones, como la palabra de Tácito entre las orgías del antiguo cesarismo, que no se habia apagado por completo el calor de las ideas republicanas en los corazones franceses. Y al resplandor de aquellas contenidas y fugaces llamaradas de elocuencia, avivábase en la fé y en la esperanza una juventud, en cuyo corazon jamás podrá extinguirse el culto á la República.

Esta minoría fué en la Cámara última del Imperio considerablemente modificada por la aparicion de cuatro hombres, que traian una significacion particular cada uno en su respectiva esfera y con su genio respectivo. Eran estos hombres Bancel, Rochefort, Raspail, Gambetta. El primero representaba la poesia y la majestad del destierro; el segundo la amarga sátira que habia moralmente destruido y desautorizado al Emperador; el tercero el republicanismo histórico en toda su integridad y con todas sus cóleras; el cuarto, finalmente, la nueva escuela republicana, mucho más libre que las históricas, mucho más inteligente, uniendo á la luz de las ideas toda la energía de la accion, contenida por verdadera medida de carácter y madurez de juicio. Es necesario mirar un momento á estos

hombres, si quereis estudiar el movimiento de su idea en Francia.

Bancel pasó por las cimas de la tribuna como un meteoro. Su discurso único, más literario que político, más digno de la Academia que del Parlamento, era elocuentísima apoteosis de los emigrados y luctuosa elegia llorada sobre sus dolores y sus recuerdos. Lució aquella palabra un momento en la Cámara, deslumbrándola más bien que persuadiéndola.

Raspail traia vivas todas las aprensiones de su vida pasada, la satisfaccion de la propia personalidad, el orgullo por la pureza de su larga historia, la desconfianza hácia sus compañeros todos, hácia los antiguos por odio y hácia los nuevos por desprecio; las genialidades de un carácter severo, pero olvidado del rudimentario axioma de que en política nada puede el hombre solo, abandonado á sus fuerzas propias, necesitando para adelantar, para vencer, agruparse á sus afines, recoger la responsabilidad de sus faltas como la gloria de sus aciertos, y formar con ellos la legion disciplinada y entusiasta, capaz de reñir tantos y tan formidables combates como exige el triunfo de una idea.

Rochefort representaba las huestes por excelencia ardorosas y extremas del partido republicano. Su popularidad, como sus escritos, tenian más brillo que solidez. Hijo de París, crecido en los boulevares, colaborador de periódicos ligeros y chispeantes, dotado de esa facultad parisien que convierte en artículos sabrosos las murmuraciones de café, con una ironía ya ligera, ya sangrienta, fué el primero que dentro de Francia, en el seno de la capital, osara dirigirse al omnipotente César y escupirle al rostro toda la hiel segregada por veinte años de humillacion y de servidumbre. La sátira es un poderoso corrosivo. Su amargura no llega al lábio sin filtrarse y caer gota á gota sobre la conciencia, obligándola á comparar sus ideales de perfeccion con las impurezas de una viciada realidad. En cuanto aquella sátira estalló, y tras la sátira

una homérica universal carcajada, y tras la carcajada el despecho de los poderosos molestados, que aumentaba la risa de sus enemigos divertidos y vengados, presintióse por doquier la muerte próxima del Imperio. Aquella sátira no tenia, no, la sal ática de Luciano ni la indignacion trágica de Juvenal, ni el ingenio fino y amargo de Voltaire: mas era la sátira que convenia al Imperio, baja como el enemigo á quien debia herir, enemigo hundido en la inmundicia. La sátira es el género literario que anuncia la muerte de las religiones caducas, la agonía de los imperios enfermos. El primero en herir al ídolo fué Rochefort, y el pueblo le pagó su audacia con un nombramiento para la Cámara. Este inmenso servicio nunca le será olvidado á Rochefort, sean cualesquiera las faltas de su carácter y las alternativas de su suerte. Pluguiera al cielo que hubiese reducido al fin de matar al cesarismo en la conciencia pública con la sátira todas las vocaciones de su vida, pues su nombre, combatido luego y mermado en el oleaje de pasiones encontradas, no se menguara un ápice y fuera siempre unido á una de las obras gloriosas de nuestro tiempo. Mas Rochefort, falto de talento político en la Cámara y de accion en la calle, no podia tener tanto sobre sus compañeros de diputacion como sobre las muchedumbres del pueblo, nada más que fugaz y disputada influencia.

El hombre destinado á influir más poderosamente en el partido republicano era Gambetta. Está hoy en uso criticarle acerbamente, porque se mantuvo de pié cuando todos caian; porque creyó cuando todos dudaban; porque tuvo fé en Francia cuando Francia desconfiaba de sí misma; porque prolongó dictatorialmente una guerra perdida desde la entrega de Sedan y la traicion de Metz, más allá de lo posible, perdiendo toda la campaña, pero salvando la honra de su patria. Yo nunca he pertenecido á los adoradores del éxito. Yo no creo un crimen la desgracia. Gambetta se vió abandonado de la fortuna y